

Cómo nació un libro

Dr. Justo L. González

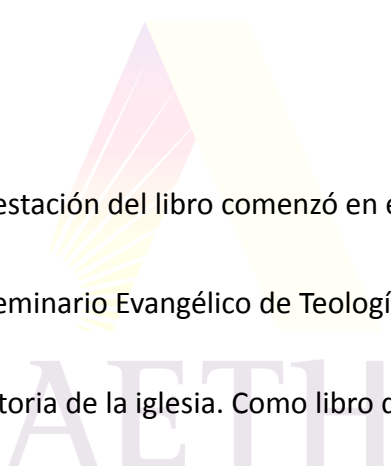


© Justo L. Gonzalez

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>
info@aeth.org

Cómo nació un libro

Se me pide que escriba algo acerca de mi libro Historia del cristianismo. No quiero sencillamente repetir ni intentar resumir en unas pocas palabras lo que el libro dice—lo cual, además de imposible, sería inútil. En lugar de eso, contaré un poco acerca del proceso de gestación del libro mismo, pues ese proceso es señal de cómo ha cambiado la realidad de la iglesia en los últimos cincuenta años.



Digo cincuenta años, porque la gestación del libro comenzó en el año 1957, cuando yo era un estudiante de primer año en el Seminario Evangélico de Teología en Matanzas, Cuba. Entre mis primeros cursos había uno de historia de la iglesia. Como libro de texto, usábamos un voluminoso libro de 1.700 páginas escrito por un profesor bautista norteamericano a quien más tarde tuve el gusto de conocer, Kenneth Scott Latourette. El libro estaba en inglés, y en nuestra clase de diecisiete estudiantes muy pocos sabíamos ese idioma. Luego, la primera tarea que tuve en aquel curso fue reunirme todas las noches con el resto de la clase, e ir traduciendo el libro en voz alta, mientras otros compañeros y compañeras lo iban transcribiendo a maquinilla, con copias al carbón.

Pero mi frustración con el libro iba mucho más allá. Como sucedía con la mayoría de los libros de historia de la iglesia escritos por esa época, el de Latourette tenía una perspectiva típicamente anglosajona. Al llegar al siglo dieciséis comenzaba a interesarse cada vez más en el norte de Europa, y sobre todo en la Gran Bretaña. Aunque se decía algo del catolicismo, y se mencionaba la conquista de América como de pasada, resultaba claro que, desde el punto de vista del autor, la culminación de la historia de la iglesia era el protestantismo anglosajón, y particularmente el norteamericano. Nosotros, los evangélicos latinoamericanos, no éramos más que una pequeña rama sin mayor importancia.

Recuerdo que un día le dije a nuestro profesor de historia, el Dr. Ramón Viñas, "Maestro, ¿por qué no escribe usted un libro desde nuestro punto de vista, un libro que nos haga ver nuestro lugar en la historia de la iglesia, que se ocupe también de nuestro pasado y nuestra realidad?" Poniéndome el brazo sobre los hombros me dijo con tristeza, "Hijo mío, eso nunca va a pasar. El público evangélico latinoamericano es demasiado pequeño, y los que hay no leen mucho. Por eso seguiremos dependiendo siempre de materiales traducidos".

En eso quedaron las cosas. Los estudiantes en Matanzas y en muchos otros seminarios en nuestra América siguieron utilizando el libro de Latourette, que algunos años más tarde fue traducido al castellano, y otros parecidos. En el entretanto, yo me fui a estudiar a la Universidad de Yale, donde enseñaba Latourette. Allí le conocí y tuve largas pláticas con él. En esas pláticas, el "tío Ken", como él pedía que le llamáramos, reafirmó mi interés en la historia desde nuestra propia perspectiva, pero también reafirmó lo que se me había dicho antes, que sería difícil publicar tal historia, pues el público lector evangélico latinoamericano era demasiado escaso.

Cuando terminé mis estudios doctorales, me fui a enseñar al Seminario Evangélico de Puerto Rico. Mientras estaba allí, gracias a un fondo que se había designado en Europa para publicar libros de teología en castellano y otros idiomas, se pudieron publicar en Argentina los primeros dos tomos de tres que escribí sobre la Historia del Pensamiento Cristiano. Pero aquellos fondos se agotaron, y el tercer volumen no se publicó en castellano sino varias décadas más tarde—cuando ya la obra completa se había publicado en inglés y hasta en chino. Una vez más, parecía que lo que me había dicho mi maestro en Matanzas era cierto, y que nunca tendríamos nuestra propia historia de la iglesia, y mucho menos nuestra propia literatura teológica, bíblica y

pastoral.

Fue en el 1977 que decidí intentar lo que hasta entonces parecía imposible, y el resultado me ha sorprendido, pues el libro se ha recibido mucho mejor de lo que jamás esperé, lo cual me llena de satisfacción.

Pero para mí ese libro significa mucho más que eso. Este es el libro que mi maestro de seminario, con toda razón, me dijo que nunca se escribiría, pues el evangelio en nuestra América siempre dependería del extranjero para su subsistencia. Pero, por una de esas maravillas que el Espíritu Santo hace en medio de su pueblo, durante el poco más de medio siglo entre aquella conversación y hoy, el cuadro de la iglesia ha cambiado radicalmente. El libro que nunca podría publicarse sí se publicó, y además se tradujo al inglés—la misma lengua de la que antes tuve que traducir el libro de Latourette—además de otra media docena de lenguas. Y eso mismo es índice que la gran sorpresa que nos ha traído la historia de la iglesia en estos últimos cincuenta años: las iglesias que antes considerábamos "misiones", siempre dependientes de sus iglesias madres, y siempre escasas minorías entre los pueblos de América

Latina, Asia y Africa, ¡han crecido y se han desarrollado en tal manera que hoy no sólo son iglesias maduras y florecientes, sino que hasta contribuyen con su teología, con su literatura y con su celo evangelizador a las iglesias que antes considerábamos "iglesias madres"! Y, entre todos los capítulos de la historia que he escrito, ¡éste, el que no escribí, sino viví, es el que más me sorprende!

